

¿Historia colectiva?

Mantengo, como muchos amigos, la esperanza de que Gustavo Petro Urrego no sea el próximo presidente de Colombia.

Al respecto, me tropecé esta semana con dos buenas columnas de Enrique Santos, en *Cambios* Colombia y en *Los Palacios*, en *EL TIEMPO*. Ambas analizan si el miedo a un gobierno de Petro es justificado, o fruto de una historia colectiva. Claudia admite que, cada vez con más frecuencia, oye que no importa quién sea el elegido, porque "Colombia está institucionalmente blindada", como para repetir experiencias como la de la Venezuela chavista, la Nicaragua orteguista, o el Ecuador de Correa y la Bolivia de Morales. Pero, según ella, ese es un cuento, porque la institucionalidad, por fuerte que sea, fluctúa al vaivén de dos aspectos: la satisfacción social y la personalidad de quien ostenta el poder. En cuanto a la personalidad del poderoso, dice Claudia, la clave está en hacerse querer. Yo diría más bien que está en hacerse creer. Cuando un candidato logra el amor incondicional de sus súbditos, como Petro, se le perdonan todo, con tal de verlo en la presidencia, pero sobre todo le creen todo, por absurdo o inviable que sea.

Con preocupaciones distintas, Enrique Santos resolvió dárles a sus amigos del Jockey Club, del Country y del Gun Club, unos consejos. Los ve al borde de un ataque de nervios, por las encuestas que favorecen a Petro. Y les pide un poco más de seriedad, reflexión y cabeza fría. "La democracia colombiana (...) no se puede arrugar ante la perspectiva de un gobierno de izquierda". "Esta vaina" no se va a acabar



Miedo a Petro
María Isabel Rueda

porque el candidato del Pacto Histórico encabece las encuestas. "No acepto que la patria y las instituciones estén al borde del abismo".

Pues bien, yo llevo varios días dedicada a preguntarle a amigos de todas las tendencias políticas, niveles intelectuales, profesionales y sociales, cuáles son las tres cosas a las que más les temen de un gobierno Petro. Varias se repiten, pero voy a tratar de resumirlas a continuación.

Muchos confiesan que temen por el futuro de la propiedad privada y el uso de la expropiación, no por motivos administrativos — como lo permite la Constitución —, sino políticos, a lo Chávez.

Temen que el nuevo sistema tributario frene el crecimiento de las empresas, por su mal entendimiento, basado en la mentira de que los ricos no pagan. Temen incluso que Petro suba los impuestos a niveles que hagan inviable la actividad empresarial.

Temen que les eche mano a los recursos pensionales privados, porque a los ahorradores, al ser un sistema joven, les quedan unos años para cumplir su edad de jubilación.

Temen que la izquierda en el poder robe por lo que roban hoy. Temen que Petro lleve al poder y se desprenda de él, ya sea por sí mismo o por interpuesta persona.

Temen que crezca el Estado a un tamaño inmanejable, que profundice más las diferencias sociales y genere más violencia. Y temen que la solución de todos sus pesares, sus fracasos y sus improvisaciones sea ese Estado. Y que la intromisión estatal en toda actividad ciudadana, como el gran dispensador de

las esperanzas, terminará disponiendo de la libertad, como a bien tenga.

Temen que a las ciudades llegue más guerrilla y más delincuencia. Temen que se embarque en un proceso de paz, y más que eso, que se bote por un desafiador, para lograr un acuerdo con los segundos de 'Otomiel', sin ninguna posibilidad de que eso sea una opción real.

Temen que Petro se embarque en una Asamblea Constituyente que cambie los parámetros de la economía de mercado. Temen que polarice las Fuerzas Militares con ascensos y promociones que no se corresponden con la disciplina y el escalafón castrense.

Temen que Petro no tenga equipos, pues no se caracteriza por trabajar en equipo. Temen que termine importando petróleo, gas y carbón, teniendo un terrible improvisador, como lo fue en Bogotá, sea un terrible improvisador y un populista sin límites.

Temen que le gusta más oírse que ejecutar. Que no gobierna en desarrollo de conceptos políticos, sino haciendo hechos políticos.

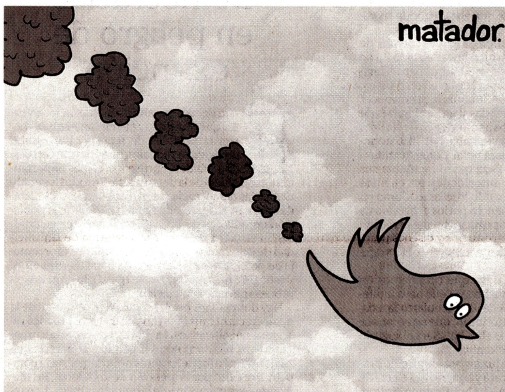
Pero una buena amiga me volvió a llamar y me dijo: ¿sabe que su pregunta me dejó pensando? Lo que más me preocupa de Petro es su trastorno narcisista de personalidad y mitomanía compulsiva. Al instante me entró la llamada de otro amigo que me dijo: Escríbame: Te temo más a la personalidad del propio Petro que a sus programas.

A lo que me se ocurre: pues sí el país no se lo aguenta, que Enrique Santos lo apadrine, para que termine sus días tertuliano en el Gun o en el Jockey, o jugando golf en el Country.

Entre tanto... Pocas personas tan mágicas y trascendentales como el amigo que se fue. Mauricio Gómez Escobar. Se nos quedó en el tintero nuestra última tertulia, Constan...

EN CARICATURA

La acción de Twitter se desploma



Tubo de ensayo
Thierry Ways

Si Colombia fuera el metaverso

Si Colombia fuera el metaverso, el paraíso virtual prometido por los magnates de Silicon Valley, yo no tendría problema en votar por Gustavo Petro. Lo digo porque allí, y solo allí, podrían cumplirse sus promesas. Veamos algunos ejemplos.

Si Colombia fuera el metaverso, construiríamos sin falta el tren elevado Buenaventura-Barranquilla. Lo haríamos con bloques de Minecraft, aprovechando la mano de obra de miles de jóvenes que dominan el popular videojuego. Ya no sería un proyecto que costaría mínimo 650 millones de pesos, según cuentas de Alejandro Gaviria, y que significaría renunciar a "cuilquier otra obra por los próximos 60 años". Si algo chévere tiene el metaverso es que permite ignorar detalles aburridos, como el costo de las cosas.

Si Colombia fuera el metaverso, emitiríamos (cripto)moneda a tutiplén y, con un clic, reemplazaríamos la energía fósil por la fusión fría.

Si Colombia fuera el metaverso, sería viable sustituir en el corto plazo la importación de millones de toneladas de alimentos y "producirlos en el país", como propone Petro para combatir la inflación. Así no más, por arte de birlibirlique. Pero eso, suponiendo que de la noche a la mañana incorporáramos las claves de la productividad de las potencias agrícolas, tomaría al menos 40 años. Mientras tanto, producir aquí seguirá siendo más caro; y los subsidios, la otra propuesta de Petro para bajar los precios, se comerán una buena tajada del presupuesto nacional. Seremos un país más pobre, no más rico.

Pero no en el metaverso. Allí podríamos ordeñar vaquitas de silicio y cosechar lechuguitas digitales, como en aquel infame *Farmville* que a los cibernautas de cierta edad tanto tiempo nos robó.

Si Colombia fuera el metaverso, Petro podría cumplir otra de sus promesas, la de recuperar "pacíficamente" el territorio ocupado por grupos armados ilegales. "Pacíficamente", ¿ser? Es decir que el 8 de agosto se izaría una bandera blanca en la Casa de Nariño y así, sin más, los criminales renunciarían a las fabulosas rentas del narcotráfico y la minería ilegal y entregarían sus armas para siempre. Y toda la sangre derramada por policías, soldados y civiles habrá sido una idiotez histórica, el resultado de no haber tenido el discernimiento de elegir antes al líder de la Colombia Humana.

Quizá en el metaverso. Pero acá, en el planeta Tierra, Colombia ha tenido y tiene enemigos de verdad, hechos de carne y hueso y plomo y pentonita, entre los cuales militó Petro alguna vez, que no teza a deponer las armas solo porque se les anuncie que el país ha entrado en la era de Acuario de la política del amor.

Acá en el planeta Tierra hay leyes que cumplir, y no me refiero a las constituciones y los códigos, sino a otras más elementales. La ley de la gravedad; la de la oferta y la demanda; las de la termodinámica; las de la aritmética y las finanzas; la que dice que la plata no crece en los árboles; y esa otra que dice que para distribuir la riqueza primero hay que crearla y que, sin los incentivos adecuados, la riqueza no surge sola. Son leyes jartas, José. Se les atraviesan a las fantasmas de charlatanes y políticos y vendedores de humo. Pero eso los tecnoutopistas de Silicon Valley sueñan con mudarse al metaverso, porque anhelan un mundo libre de las ataduras de la realidad.

Pero Colombia, ay, no es el metaverso, y las utopías, ayayay, suelen salir al revés. Por eso insto a que el 29 de mayo voten en contra de la hazaña de la megatopía de la retórica. Voten por alguien con los pies en la tierra, que desee gobernar para la realidad concreta que nos circunda, con sus limitaciones y restricciones, y no para la fantasía. Cuando le queda y fantasía inevitablemente se estrellan, lo que queda es pobreza, desilusión, desorden y fracaso.

@tways

Retos fiscales del próximo gobierno

Algunos de los retos más complejos que enfrentará el próximo gobierno son los asociados a las finanzas públicas. Dados los todavía elevados déficits del Gobierno Nacional y de la deuda pública, será necesario hacer un ajuste fiscal de unos cuatro puntos del PIB, de acuerdo con la regla fiscal. Pero, como las demandas sociales son inmensas, es necesario mantener en forma permanente un mayor gasto público social. Esto significa que el grueso del ajuste deberá hacerse con una reforma tributaria estructural.

En estas materias ha habido noticias positivas. Gracias a la fuerte reactivación de la economía, los recaudos tributarios aumentaron más de lo esperado en 2021 y lo harán igualmente en 2022. A ello se agregan las mayores utilidades de Ecopetrol por la coyuntura de altos precios de petróleo.

Pero también hay noticias negativas. La más importante es que el endeudamiento se está volviendo más costoso a nivel internacional, tanto por el aumento de las tasas de interés como por los mayores riesgos que tiene Colombia debido a la pérdida del "grado de inversión". En 2020, la tasa para un bono colombiano de diez años era del 3,5%; hoy es del 7%. Debido a esto y al aumento de las tasas de interés nacionales, el servicio de la deuda pública está aumentando fuertemente.

Otro problema importante es el que genera el Fondo de Estabilización de Precios de los Combustibles. Este fondo ha arrojado desequilibrios



Finanzas públicas
José Antonio Ocampo

casí permanentes, pero con la explosión de los precios internacionales de productos energéticos, el déficit puede alcanzar cerca del 3% del PIB en 2022, según las estimaciones del Comité Autónomo de la Regla Fiscal.

Entre las campañas presidenciales, las propuestas más completas en este campo son las de la de Sergio Fajardo. Gustavo Petro propone una reforma tributaria fuerte, pero sin detalles de cómo lograrlo. Y Federico Gutiérrez sugiere un aumento mínimo de impuestos y supone que el ajuste vendrá con mayor crecimiento; está claramente equivocado.

Hay que recordar que los recaudos tributarios en el país son inferiores al promedio de América Latina y muy inferiores a los de un país de la Océano. En muchos casos las tasas son altas, pero los beneficios tributarios también, lo que significa que la carga tributaria está mal distribuida. Los principales problemas están en el impuesto a la renta de las personas naturales, pero también en múltiples beneficios a sectores empresariales.

El informe de la Comisión de expertos en beneficios tri-

butarios que coordinó la Océano el año pasado estimó que los niveles efectivos de tributación de Colombia son del 13,3% del PIB vs. un promedio de 33,8% para los países de la Océano. La gran disparidad es en el impuesto de renta a las personas naturales, donde en el país se paga el 1,2% del PIB contra 8,1% en la Océano. El problema principal es la tributación de las rentas de capital, por lo cual la tasa efectiva de tributación es baja para los sectores de altos ingresos.

En el caso de la renta a las personas jurídicas, será necesario eliminar o reducir beneficios sectoriales y racionalizar los de las zonas francas. Y se debe restablecer el impuesto al patrimonio de las personas naturales, elevar los impuestos a las emisiones de carbono y crear otros impuestos ambientales.

Hay muchos informes disponibles que pueden servir para un acuerdo nacional. Aparte del de la Comisión de la Océano mencionada, se encuentra la "Propuesta de reforma tributaria progresiva" que plantearon un grupo de profesores de varias universidades bajo coordinación de la Fundación Ebert de Colombia (Fescol) y varios informes del Observatorio de Política Fiscal de la Universidad Javeriana y Fedesarrollo, entre otras entidades.

Quien gane las elecciones debe convocar, por lo tanto, a un grupo de expertos que presente las ideas básicas de una reforma tributaria estructural, que después tendrá que ser concertada con múltiples sectores. Es una tarea absolutamente necesaria.